

# VERBENAS Y VENTURAS

El nombre de *Verbena*, que se dió en tiempos lejanos a nuestras fiestas populares nocturnas que tanta celebridad adquirieron, concuerda con el de cierta planta herbácea muy famosa en la antigüedad. Fué cosa corriente entre cristianos y moros la festividad que con motivo de ir a coger la *verbena* solemniza- ban el día de San Juan.

Dicha planta, que conquistó la denominación de *hierba sagrada*, empleá- banla los antiguos en los sacrificios y con ella hacían lustraciones y purifica- ban las personas y las viviendas. Los celtas en particular la consideraban tan maravillosa como el muérdago de los Druidas, es decir, la tenían por verda- dera panacea o medicina universal.

Se dijo que la *verbena* que cogían los antiguos era lo que comunmente en castellano llamamos *grama*, si bien los eruditos sentaron luego que pertenecía como su denominación lo indica, a una de las veinte variedades de las verbená- ceas, siendo lo más cierto que las cuali- dades y excelencias a ella atribuídas fueron tan encomiadas que los sacerdo- tes feciales instituídos por Numa, los he- raldos y los mensajeros de paz, cuando ejercían sus funciones, iban coronados de esta misma hierba llevando de ella un manojo como divisa de amistad.

Era costumbre coger la privilegiada planta la misma noche y en el instante mismo del solsticio de verano por esti- marse que, siendo aquel día el más lar- go del año, había aquella alcanzado la plenitud de sus virtudes. Diversos auto- res nos describen de manera admirable la bulliciosa alegría con que desde épocas remotas ha venido celebrándose la entrada del estío haciéndola extensiva a los regocijos propios de la fiesta de San Juan Bautista. No es de extrañar que en el decurso de los tiempos el ceremonial de los antiguos degenerara en poéticas supersticiones y muy particularmentè en las quimeras más risueñas que se mos- traban a la imaginación de las muche- dumbres juveniles de los días pretéritos, y que el nombre de la planta famosa se aplicase a las costumbres y diversiones tan populares y características de la noche y de la madrugada de San Juan, San Pedro y también de San Antonio, que en algunas provincias llamaron *ir a coger verbena* y en otras *ir a buscar la buena ventura*. Así vemos, por ejem-

plo, a la moza castellana en sus esca- padas campestres, a la vega del río en busca de la verde grama, ora adornán- dose con guirnaldas cual sacerdotisa, ora pensando en el verdadero amante que teme declararse aunque se crea co- rrespondido . . . A otras sacando a los patios o a las azoteas de sus casas va- sijas llenas de agua con el convencim- ento de que en ella habían de ver re- tratada la figura de su futuro esposo. O a las jóvenes solteras barcelonesas en su afán de comprar la *alfábrega*, o subien- do a la azotea a poner la clara de un huevo en un vaso de agua en el solem- ne y misterioso momento de dar en el re- loj las doce campanadas, para averi- guar, por ciertas señales, si en la noche de San Juan se confirmaban ciertos va- ticinios de boda. Y en otras muestras sensibles del amor que inflamaba sus tiernos corazones.

En esta localidad quedan ya pocos testigos presenciales de aquellas costum- bres prevaecientes aun en los postrime- ros días del pasado siglo; de aquellos esparcimientos propios de las mucha- chas en estado de merecer que nos pin- tan las estampas evocadoras de otros tiempos y las cuales el día de San Juan Bautista levantábanse muy de madru- ga dirigiéndose a la playa o a la fuente de *Monticalvari*, a «probar ventura». Todas ellas, el cabello suelto, ponían los pies en el agua, siendo esta la acción primordial de tan singulares ceremonias. Antes de regresar a su casa y al dar un paseo por la población habían de ha- llar casualmente a algún joven. Si éste era un buen mozo pedíanle el nombre, reputándose el encuentro en todo caso de buen o mal agüero, y en ello consis- tía la predicción supersticiosa de si ha- bían de casarse presto o no. Algunos, las más tímidas o que observaban ma- yor recato y a las que no se permitía siquiera ir a misa primera, resignában- se con llenar una bacia de agua para hacerse igualmente la ilusión de ver re- tratado en la misma a su futuro marido. O bien enrollaban tres pedazos de pa- pel, después de haber inscrito en ellos sendos nombres predilectos, que coloca- ban al acostarse debajo de la cama tras haber pronunciado la siguiente de- precación:

*Sant Joan Baptista,  
l'Apóstol o l'Evangelista,  
per la virtut que Deu us ha donat  
féu que surti el nom del meu enamo-  
[rat...*

Esto fué en síntesis la esencia de la *Verbena* de otro tiempo en que iban las doncellas a *probar ventura* a la *buena ventura*, exponiéndose a lo que les deparase la casualidad. Del día de San Juan, de sus verbenas y de sus re- gocijos se hace frecuente mención en

# CALIDOS

nuestros romances antiguos. Hoy, en cambio, carece aquella fiesta de los tiestecillos de albahaca, del encanto que ofrecían los balcones al dar en ellos el sol muy de mañana; de sus poéticas supersticiones. Se caracterizo por decirlo así por el estruendo de la diabólica pi- rotecnia.

J. Soler Cazeaux.

## DE MI RETORTA

# AL MARGEN DE UN LIBRO

Porque sabía que «Gran Sol» era una novela del mar, precisamente del mar, lo compré. Imaginé que el tema no me sería extraño, ni sorprendente. Imaginé un tema amigo. Y uno estaba ya cansa- do de leer libros casi sin entenderlos, sorprendiéndose simplemente de la ma- dería de los temas, burbuja engarzada en una montura multicolor de palabras efectistas, palabras osadas, palabras hirientes; pinceladas impresionistas de frases incompletas, vacías.

Uno estaba cansado de los abusos y engaños de esta literatura pictórica de hoy, como puede estarlo de la pintura literaria de nuestros días. Lienzos cuya incomprendible definición nos la preten- den dar a través de un sugestivo y litera- rio título.

La invasión de lo pictórico en el cam- po literario y viceversa no deja de ser un curioso fenómeno de nuestra época. Fenómeno de análisis y estudio tentador. No ya estados de ánimo, —placidez, angustia, arrobó o desesperación—, si- no ideas se persiguen con el pincel y el color. La idea que estaba reservada a la palabra. Mientras que en la novela las palabras han aprendido a pintar. A pin- tar sobre una confusión de planos tal, que, a duras penas, podemos entrever un pensamiento, un ideario, un mundo. Caos abstracto de colorines.

«Gran Sol» no es un libro que llame a engaño. Es un reportaje del mar, un